

En algún lugar sobre el arcoíris
de John Unger



Mientras me llevan a la clínica de diálisis, me toman la temperatura y empiezo a inhalar y exhalar lentamente, contando hasta 10, y luego moldeando mi respiración en palabras: “El Señor es mi pastor, nada me faltará”. Aunque no soy cristiano, comencé a usar esta frase a principios de los años ochenta y noventa mientras pescaba bacalao negro y halibut con palangre en el Pacífico Norte, el Golfo de Alaska y el Mar de Bering. Después de cuarenta y tantos años de decir esta frase cuando necesitaba atravesar momentos en que la realidad me quiere comer viva, el Señor, sea lo que sea, se vuelve respiración.

La puerta de la clínica interior se abre, revelando todos los dializadores sonando y parpadeando al lado de los pacientes conectados a las máquinas: sangre rosada, líneas de plástico transparente; una entrada, una salida, apuñaladas o conectadas a cada paciente en la parte inferior de los brazos, la parte superior de los brazos o el pecho. Todas las máquinas bombean vorazmente sangre para la limpieza de toxinas y eliminación de líquidos, el trabajo que solían hacer los riñones. En el costado de cada máquina hay recipientes transparentes de un pie de largo, más delgados en el medio y más anchos en los extremos, aproximadamente del tamaño de pesas de ejercicio pequeñas de ocho a 10 libras con un centro más grueso de lo normal.

Me siento en el sillón de imitación de cuero marrón y apoyo el codo en el borde de la silla, preparándome para estirar el brazo y darle al técnico una vista clara de mi fistula arteriovenosa, o AV, que crea una arteria a partir de una vena. Estoy asombrado de esta vena especial. A menudo tengo problemas para pronunciar palabras médicas polisilábicas como “ar rí o ven oso”, digo en voz baja bajo mi máscara. Mis respiraciones largas y constantes comienzan a tartamudear mientras espero que las agujas de diálisis enormes, aunque finamente afiladas, me atraviesen la carne y perforarán dos montículos grandes, rojos y estremecidos en mi fistula.

La técnica, una mujer nativa de treinta y tantos años, cabello oscuro y ojos oscuros llamada Caroline, que sé que es tan suave como la mantequilla con la punzada, coloca una sábana similar a una toalla médica de uso común (un lado azul; el otro lado, un blanco espeso y absorbente) en el reposabrazos y una pequeña mesa de metal adosada a la silla. Muevo el brazo



izquierdo para estar lo más inmóvil posible, ya que puedo sentir las agujas a los lados de mi súper vena cuando lo muevo para ajustar la computadora o usar el urinario, lo cual es todo un desafío.

Tengo que hacer que mi mente vuele alto y lejos de aquí. Me recuerda el amor de mi madre por la canción, "En algún lugar sobre el arcoíris... Donde los problemas se derriten como gomas de limón..." Esta canción también está en mi alma. No he memorizado todas las palabras, pero trabajo en recordarlas para alejarme de la inmediatez de este viaje en avión de cuatro horas hacia la vida.

Después de cuatro horas que se mueven lentamente a través de los calambres, como púas de crucifixión golpeando en la parte inferior de mis piernas, y los sueños medio dormidos de lugares que nunca volveré a ver, un técnico saca las agujas de mi vena palpitante. Sostengo los dos vendajes que cubren los dos orificios de mi fístula durante 10 minutos; luego salgo tambaleándome, sintiéndome como si estuviera caminando sobre la cubierta de un bote en un día ventoso, mientras el suelo se balancea y cabecea. Me estabilizo en la oscuridad del resplandor de la luna. Tengo cuidado con el brazo de mi fístula porque me ha vuelto a sangrar si muevo demasiado el brazo. Es una fresca noche de invierno, la luna se eleva sobre las montañas, salpicando todo con una suave luz, mientras los problemas se derriten como gomas de limón.

Conduzco los ocho minutos a casa, luego me siento en el sofá entre mis dos perros, Ari y Ollie, con los brazos extendidos sobre el suave pelaje de cada uno y alrededor de sus caras, orejas y pechos mientras se enroscan en forma de rosquilla, con narices contra mis muslos. Ari es un labrador negro de setenta libras con una especie de cabeza de pitbull, un gran oso de peluche negro. Ollie es una mezcla de beagle, foxhound inglés y basset hound; sus orejas son de la piel más suave, brillante y súper cómoda. Cuando quiere algo, me mira directamente a los ojos con una pata levantada, con una cara que es una mezcla suave de tristeza y dulzura que es la manera que tiene un perro de decir por favor. Cierro los ojos con los brazos sobre cada perro; mi brazo izquierdo todavía está palpitando, como un dolor de cabeza palpitante por el tirón de cuatro horas. Mi cuerpo está agotado. Cierro mis ojos. Digo una oración suave. Estoy agradecido por otro día.

